

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EN MANOS DE ELLAS

LA EMANCIPACION DE LAS SEÑORAS

DE entrada, y para que no haya lugar a dudas —a ninguna: ni a la más pequeña—, afirmaré que estoy incondicionalmente a favor de la llamada «emancipación de la mujer». Lo decidí, con la máxima inocencia, en mis tiempos de adolescente. Hojeaba entonces viejos semanarios gráficos, quizá «Blanco y Negro», tal vez «La Esfera» y la imagen de miss Pankhurst me convenció. Miss Pankhurst, delgada, frenética, con una falda hasta los tobillos y un sombrero monumental, solía aparecer en los grabados como protagonista de líos decididamente razonables. La veía debatirse entre un par de polizontes forzudos, todavía victorianos —respetuosos en alguna medida, desde luego—, esgrimiendo el paraguas o el monedero como último argumento. ¡Inefable miss Pankhurst! Para quienes no recuerden el episodio, advertiré que esta señorita no era una nena hippy, sino una simple burguesa como Dios manda. La antigua y heroica Lucrecia romana no defendió su poder con tanto entusiasmo como las «sufragistas» británicas, allá por los años 10 y 20, defendieron el voto femenino... Quedé muy impresionado por aquellas estampas. Me dije: ¿Y por qué no? ¿Por qué «ellas» no han de tener arte ni parte en los negocios de la cosa pública? ¡Y en todo lo demás!... La cuestión de principio resultaba de una absoluta claridad, y la sigo suscribiendo. Ha llovido mucho desde aquella época...

¿Era el voto lo importante?... Recuerdo vagamente lo ocurrido con las Constituyentes españolas del 31 y sus secuelas electorales. Las izquierdas postulaban la intervención de las mujeres en las urnas, a modo de «bandera», mientras que las derechas se oponían a esa apertura; en la práctica, sin embargo, las derechas movilizaron increíbles muchedumbres con mantilla y toca para ganar diputados, y las izquierdas se irritaban ante el resultado adverso de su programa ginecófilo... En la prehistoria de la sociología, hubo más de un tratadista que aseguró que la mujer es constitucionalmente de derechas. Yo no diría tanto. Al fin y al cabo, el problema se brinda a exámenes más sublimes, y, si no me equivoco, madame Simone de

Beauvoir apuntó uno de ellos: «ser mujer» constituye una proposición, antes que biológica, filosófica. La mujer alienada, ¿es «mujer»? La mujer, ¿nace o se hace? ¿No será la «mujer» una creación histórica todavía en trámite, cuya perfección sólo sería cumplida en el extremo de su entera «emancipación»? La mujer no pasa de ser un proyecto de la «mujer» posible. La sociedad dominada por el hombre, por el «macho», la ha sometido, la ha sacrificado, la ha postergado. Eso se observa en los Códigos Civiles, en las tarifas de salarios y en las leyes electorales de medio mundo: del mundo entero, si bien se mira. Miss Pankhurst apuntaba muy lejos... De momento, la mujer sigue siendo instintivamente de derechas. Pero, ¿y luego?

La mujer, convertida en amenaza «revolucionaria», es uno de los muchos fantasmagoras que los residuos occidentales y cristianos de nuestra sociedad «padecen». La maniobra emancipadora queda involucrada en la serpiente de la «revolución sexual» y en otras alegrías de moda reciente. Se diría que todo el problema consiste en un poco más de libertad erótica. En los países calderonianos —área latina meridional— el hombre-epicentro se dibuja como una figura feroz, mitad ogro mitad Otelo, que condena a la mujer a... «A la pierna quebrada y en casa». La situación, sin embargo, no es tan diáfana. La creencia de que el Antiguo Régimen y sus herencias descansan sobre el «patriarcado» no acaba de ser aceptable. Porque habría que empezar por hacer una distinción entre el «derecho» y el «hecho», elementalísima aunque difícil. El «derecho», por descontado, desde Justiniano a Napoleón —y continuamos viviendo de Napoleón, en materia de códigos—, no puede ser más «patriarcal»: más masculino. El «hecho», en cambio... ¿No es más bien un «matriarcado», el mundo en que vivimos y en que han vivido nuestros antecesores? Yo me atrevería a preguntar: ¿Es posible una sociedad que no sea matriarcal, en el fondo? Pero no lo haré aquí y ahora. El «derecho» por un lado, y el «hecho» por otro: el «hecho», en definitiva, nos remite a la experiencia de cada cual.

«Si las mujeres mandasen...» El cantable de la zarzuela puede hacer reír o sonreír: risa y sonrisa serían hipócritas. Las mujeres mandan. Han mandado y mandan, por lo menos, a escala «anecdótica»: en el secreto de la alcoba. Una remota comedia del descarado Aristófanes denunció la ruda verdad del mecanismo. Me refiero a «Lisístrata». Las biografías de los autócratas y de los «aliócratas» —señores barbudos con poder carismático o con poder derivado de comicios— revelan que, en definitiva, quien decide es el consejo o la orden conminatoria de las damas. Sobre este tema existe una abundante documentación. La folklórica, reducida a chascarrillos, a la mitología de la suegra, a la del marido calzonazos, y a tantos detalles más, es una afortunada corroboración del aserto. La histórica resulta aún más aparatosa. El hombre manda —manda—, en abstracto— y la mujer manda en el hombre que hipotéticamente manda. Un ingenioso comentarista de la Francia de los Luises pudo escribir que el gobierno de los Capetos era un «absolutismo atemperado por las...» No copiaré la palabra justa, para no ofender escrupulos. Los últimos Luises fueron muy inclinados al harén. Pero también las esposas legítimas contaban lo suyo. Si descendemos a «poderes» menos conspicuos —para llegar al doméstico— la presión femenil no pierde ni un ápice de eficacia. No negaré que el «patriarcado» sea una figura enérgica y dirimente. Pero el «matriarcado» silencioso, sistemático, cotidiano, significa mucho.

Y si no significa más es porque a «ellas» no les da la gana. El esquema de «Lisístrata», en su grosera y grotesca implicación, es tremendamente decisivo. La «emancipación de la mujer» tendría que plantearse frente a las mismas mujeres: sospecho que son ellas sus propias aliadas. Los tabús clásicos del «patriarcalismo» son, probablemente, tabús inculcados por las mujeres a sus maridos. El concepto «sacral» de la mujer ha sido un invento de las mujeres, dictado en los secretos de los hogares poderosos... Yo, puestos a hilar delgado, haría una distinción (improvisada) entre la «emancipación de la mujer» y la «emancipación de las señoras». Escribo «señoras» en el circunspecto alcance que, en general, tiene el vocablo con relación al matrimonio: e incluso meto en el mismo saco a las niñas confeccionadas dentro de la ley. La «emancipación de la mujer», en frío, es un supuesto arduo y ambiguo, que, sin duda, depende del «hombre». Pero la «emancipación de las señoras» sólo depende de las señoras. Ellas tienen la sartén por el mango. El hombre es su primer y más dócil animal doméstico.

Cuando, de vez en cuando, leo un papel de madame de Beauvoir, o de María Aurèlia Capmany —la verdad es que no son muchas las mujeres, ni siquiera literatas, que abogan con decisión y lucidez por la «emancipación» del segundo sexo—, me pregunto si no será que, para comenzar, la mujer tendría que emanciparse de sí misma. Las hipotecas masculinas son monstruosamente onerosas, desde luego. Son Justiniano y el Código Napoleón, y el resto. Disimularlas sería, más que necesidad, una mala fe intolerable. Pero, si hay que romper un círculo vicioso históricamente confuso en sus orígenes —y no se trata de «historia», sino de ir tirando, de vivir, de marchar hacia mañana—, la iniciativa queda en manos de «ellas». Ellas contra ellas. Una gran parte, enorme parte de las subordinaciones que la mujer sufre en nuestra sociedad parecen haber sido preparadas por las mismas mujeres, y únicamente las mujeres conseguirán suprimirlas. Que la mujer es «el proletario del hombre» es una definición lícita. Nadie lo discutirá. Ni nadie discutirá la condición «proletaria» de la mujer, en territorios donde los zánganos indígenas —mahometanos o no— la utilizan como bestia de carga: zánganos-maridos. De todos modos, fuera de tales áreas paleolíticas, la mujer es quien manda. Manda, a veces, mediante «persona interpuesta»: mediante el hombre. Y manda al hombre. «Esclavitud, ignominia y vergüenza es la esposa que domina al marido», dice la Sagrada Escritura (Eclesiástico, 25, 29-30): la queja de los maridos es antigua...

Joan FUSTER

UN CUENTO CADA SEMANA

EL HOMBRE QUE ESPERABA EN EL CAFE

Sucedió hace tiempo. Todavía no estoy seguro de mi mismo, de mis sentidos o mi inteligencia. Sin embargo, tengo testigos. Y en la memoria tengo grabado, quizá para siempre, el recuerdo de aquel hombre que esperaba en el café, no importa lo que me diga la razón o el sentido común. Era un hombre alto, delgado, gafas de concha y una pequeña barba que le confería cierto aire intelectual.

Comencé a darme cuenta de su existencia a fuerza de verle sentado en la terraza de un céntrico café. Pedía una consumición cualquiera, que luego no tocaba. Esperaba dos horas y luego se marchaba. De aspecto agradable, parecía poseer toda la paciencia del mundo y estar dispuesto a gastarla. No se enfadaba. Lo vi fijando en mi atención y el resto lo puso esta dichosa curiosidad mía que en tantos belenes me ha metido. Un día, pregunté a un camarero.

—¿Quién es ese tipo?

El camarero, haciendo memoria, se quedó casi tan sorprendido como yo mismo.

—Es curioso. No lo sé. Viene todos los jueves, desde hace nueve o diez años. Es muy cortés, muy agradable. Un compañero, hace tiempo, me dijo que mucho tiempo atrás venía o se encontraba aquí con una mujer. Y eso es todo.

Barrunté una historia y un día, aprovechando que estaba en una mesa vecina, inicié la conversación con el simple recurso de pedirle cerillas. No fumaba, insistí.

—Usted perdóneme si me meto en lo que no me importa. Pero he observado que usted viene todos los jueves y espera unas horas. Soy escritor y quizá pudiera ayudarle. No sé cómo, pero...

Me miró fijamente. Con tanta intensidad que llegó a causarme cierto sofoco. Iba a disculparme cuando dijo:

—Sí, parece sincero. ¿Cree usted que espero a alguien?

—Parece lógico. Seguramente a una mujer.

Sonrió al escuchar como yo decía «una mujer». En cierto modo, rectificó.

—A ella.

—¿Si le es penoso...

—¿Penoso...? No. Si hubo algo de alegría en mi vida, me lo dio ella. Y hasta esperarla, no solamente una hora, no solamente un día, no solamente un año, sino siempre, sigue siendo una alegría. ¿Penoso...? ¿Cómo podría ser, si es la vida misma lo que ella representa? ¿Comprende? Dije que sí, aunque no era cierto, cuando menos hasta entonces.

—Le contaré la historia, que es muy sencilla. Se llamaba Eva Malcolm y era inglesa. Mejor dicho, se llama, porque está aquí, en el tiempo eterno.

Medité unos instantes y continué, cual si hablar le fuese tan fácil como amar.

—Eva era hermosa como la luz del día. Hermosa como si guardase para sí toda la hermosura del mundo. Pero lo que llamaba la atención en ella, era su risa. Como Scaramouche, tenía el don de la risa. Su risa era —es— sensorial, limpia, clara, visceral. Cuando reía en una reunión, todas las conversaciones se suspendían, todos los hombres volvían la cabeza. ¿Comprende? Era como si todos se hubiesen sentidos llamados por aquella risa. Era la risa de la primera mujer de la Creación llamando al hombre; era el reír del amor y la muerte; era la risa de ese inalcanzable sueño que todos hemos padecido. Escucharla reír, era como sentir un latigazo en la médula. Bastaba oírlo, para ponerse a soñar. Su risa

era lo imposible al alcance de la mano, era el amor que todos intuimos como el fin mismo de nuestra hombría... ¿Me entiende?

—Sí. Creo que sí —dijo, con una terrible añoranza.

—Gracias. Yo, todos, necesitábamos esa risa. Era lo más grande, lo más hermoso que se podía tener y no tener. Una nota de cristal y agua arrancada por un violinista loco de un Guarneri robado a un ángel. Así era ella. Me enamoré instantáneamente. Me la presentaron y no sé más que, horas después, paseaba a su lado por las viejas calles, esperando el amanecer a ver si se desvanecía. No fue así. Vivía. Y quizá la comovió mi torpeza, mi entrega absoluta. La vi otras veces, nos citamos en este café y una tarde fue mía...

Al llegar aquí, se detuvo, como temeroso de haber ido demasiado lejos.

—Usted perdóneme —dijo, levantándose—. Debo irme. Sólo puedo decirle ya que un día no vino. Algo debió pasar que no comprendo bien. Yo vengo aquí, porque ella vendrá, con su risa, con su amor...

Saludó y se fue. La historia no me convenció demasiado. Era la clásica de la turista y el «latin lover», salvo que el último, sentimental, la idealizaba en exceso. Casi la olvidé cuando, meses después, en uno de mis viajes a Inglaterra, alguien me habló de un ingeniero, cuya esposa era apasionada de las cosas de España. Ambos invitaban a quienes venían de aquí y consideraban interesante. Se llamaban Malcolm. Y ella era muy hermosa.

Me hice invitar y lo increíble sucedió. Era Eva Malcolm. Me lo dijo ella misma; pero cuando le oí la historia, me miró como si estuviese loco. Y me lo dijo.

—¿Usted está loco? Yo soy esa Eva, pero esa persona de quien me habla está muerta. Murió en un accidente y como le encontraron una carta mía, fui llamada a identificarle. Se llamó Andrés Urrutia. ¿Qué pretende usted con esa historia?

—¿Qué tan sorprendido y turbado que ella misma me ayudó a salir del apuro.

—Debe ser un sueño. Amé a aquel hombre, pero le aseguro que le vi muerto.

—Pero... Yo le he visto. Y la espera. ¿Puedo haber yo inventado tantos detalles íntimos o conocer su nombre?

—No lo entiendo. Me llevado flores a su tumba. Y tiene hermanos en Barcelona. Deben estar allí. Yo, no he querido volver más.

Al regresar, un simple repaso a los archivos policiales me llevó a conocer que el accidente había sido cierto. Encontré a una hermana, que creyó iba a burlarme de ella. Y cuando busqué al hombre que esperaba en el café, para probar su esencia, ya no estaba. Había dejado de acudir por los días en que yo estaba en Inglaterra. No ha vuelto nunca. He visto sus fotos, he visitado su tumba. Pero yo le hablé, hablé con él... ¿Entonces...? ¿Destruí con mi realismo su ternura? ¿Fui instrumento del Destino?

No lo sé. Nunca lo sabré. Él, como he dicho, no volvió más. Pero en el café hay alguien que sigue esperando. Soy yo mismo, que también he escuchado la risa de Eva, la risa del primer día del mundo, la risa que nos convierte en gigantes, la risa que hace esperar no solamente una hora, no solamente un día, no solamente un año, sino siempre...

Tomás SALVADOR

¿quiere uno igual?



en FIAT-HISPANIA lo tiene

Visite FIAT-HISPANIA, vea de cerca los modelos SEAT, pruébelos... pregunte las condiciones de compra... Seguro que saldrá al volante de un SEAT.

* FINANCIACION FISEAT.
* ACEPTAMOS SU COCHE USADO COMO PARTE DE PAGO

Gran Vía Carlos III, 62
Tel. 250 25 00
BARCELONA

PAGAMOS T.V.

por su viejo

hasta 12.000 ptas.

cambiándolo por uno último modelo

RETO FACILIDADES

Tels. 249-15-14 y 349-64-78
SERVICIO PERMANENTE

INFANTA INFANTA CARLOTA, 154 (Calvo Sotelo)

EL ESTABLECIMIENTO AL COMPLETO SERVICIO DE LA MUJER MAS MODERNA, MAS SELECTO Y MAS BARATO QUE EN ESPAÑA SE CONOCE

DONDE HAY DE TODO

VESTIDOS - ABRIGOS - PANTALONES - ZAPATOS, BOLSOS, ETC., ETC.

Y TODO REVOLUCIONARIO DE MODERNO.

Y COMO INSTITUTO DE BELLEZA, GIMNASIA SUECA Y PELUQUERIA...
¡VEANLO Y COMPAREN! - ES UNICO.

DOLOR de ESPALDA

DOLOR EN LOS HOMBROS

Para relajar y aliviar el dolor muscular y los dolores de espalda, piernas y articulaciones, consulte a su médico y pruebe CYS-TEX. Con CYS-TEX, ayudará a la eliminación del ácido úrico y sustancias nocivas de la sangre que son eliminadas a través de la orina. Tiene Vd. CYS-TEX a su disposición en las farmacias. C. P. S. 4476

HAMBRE DE AIRE

Esto es lo que Ud. tiene durante la noche, cuando el ahogo le oprime e impide su descanso.

Aunque Ud. padezca esta misma tortura desde hace muchos años, existe una solución: MENDACO.

Los comprimidos de MENDACO actúan rápidamente y de forma estable. MENDACO le devuelve la tranquilidad, el bienestar y un sueño reparador.

MENDACO está de venta en farmacias. Consulte a su médico

C. P. S. 3901